

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: RAFAEL DE ECHEVARRÍA

10 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente mosa*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.)
 El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase.
 CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA, MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 70.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA.—Serie A.—El sueño de una modista.—Núm. 12.—Había momentos en que la modista llegó á poner en duda el testimonio de sus sentidos, creyéndose víctima de alguna extraña alucinación que poblaba su mente de quiméricas visiones, tan halagüeñas como las que flotan en el cerebro de los fumadores de opio, pues todo aquello superaba á cuanto pudiera desear la ambición más desenfrenada, y mientras estos pensamientos luchaban en su espíritu iba dando término á su vaporosa *toilette*.

(Fotografías de Huguens y Acosta, fotograbado de Rocapull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.)

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

49

(Continuación.)

MADAME COCARDE

Cinco minutos hacía que Diana y Elena habían entrado de nuevo en su habitación, y preparábanse para acostarse, cuando dos golpecitos dados á la puerta les hizo estremecer.

—Madame Cocarde—dijo desde fuera una voz temblona.—¿Estáis acostadas, tortolitas mías?

—Todavía no—contestó Diana abriendo;—sin embargo, es ya muy tarde.

—No tal—replicó la voz con dulzura;—aún no son las nueve en mi reloj.

Mme. Cocarde entró, cerrando la puerta. Era una mujer de baja estatura, de mediana edad, bastante conservada, aunque se notaban algunas arrugas en su ajado rostro. Vivía en la misma casa y se la consideraba rica. Al entrar sentóse junto al lecho, de espaldas á la luz.

Las dos hermanas permanecían de pie, dando muestras de impaciencia.

—¿Estabais rezando, hijas mías?—dijo Mme. Cocarde.—El ser devotas sienta bien á dos querubines como vosotras... ¡Satéis que hace frío en este cuarto!—continuó, metiendo las manos en los bolsillos de su delantal.—Deberíais tener un brasero y encenderlo todas las noches al volver.

—Veremos—dijo Diana—cuando entre el invierno.

—Es que entra ya... Yo he guardado ya los vestidos de seda... y me parece que vuestros juboncillos ligeros están ahora fuera de tiempo.

Tocó la falda de Elena, que estaba á su lado, y exclamó:

—¡Indiana!... ¡todavía indiana! Queridas mías, debéis tener mucho frío con esto.

—¡Diosmío! Señora—contestó Elena quitándole de la mano la tela con un movimiento brusco,—llevamos lo que podemos y no nos quejamos.

—¿Os habéis incomodado, palomita mía?—dijo Mme. Cocarde con dulzura.—Lo digo por vuestro interés... Fácilmente se coge una fluxión de pecho, y como yo os quiero con todo mi corazón...

Sacó de su bolsillo un mondadientes de marfil y prosiguió:

—Nada hay que moleste tanto como las hebras de carne que se introducen entre los dientes... ¿Os gusta mucho la ternera, amores míos?... Es un bocado exquisito, pero que cuesta muy caro... Sentaos en vuestro lecho, hermosas mías, porque no hay más que una silla... y eso que por bien poco podríais tener un lindo mobiliario...

—Señora—interrumpió Diana,—nos basta lo que tenemos.

—En buen hora... no sois difíciles de contentar... pero si no os sentáis diré que tenéis deseos de que me vaya.

Diana y Elena obedecieron, tomando asiento al pie de la cama con una política forzada.

A Mme. Cocarde debían las dos hermanas el que no fuesen echados de la casa los Penhoel, y de ahí la deferencia que le guardaban.

—Bien, hijas mías—continuó la inquilina,—de ese modo ya podemos conversar con más comodidad.

Y se puso á hablar de comidas, haciendo la descripción de lo que acababa de cenar, observando con disimulo el efecto que sus palabras producían en las dos pobres jóvenes, cuya palidez era extremada.

—Y vosotras—dijo al concluir,—¿qué habéis comido hoy?... Aunque ya me lo figuro... una sopa, un buen pedazo de vaca y otro mejor de queso.

Las dos hermanas guardaron silencio. Bajo el abrasado párpado de Elena había una lágrima de angustia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró.

—Poco más ó menos habéis adivinado—dijo Diana para terminar aquel suplicio;—pero, os lo repito, nos contentamos con lo que tenemos.

—¡Hermosa filosofía, ángel mío!... Sin embargo, me conmueve el ver á dos jóvenes como vosotras en la miseria.

—¡Señora!

—No hay que enfadarse... ¡Trajes de indiana en el invierno, sin lumbre, apenas una miserable bujía, y para sostener esos hermosos cuerpos un alimento malo y escaso tal vez!

Juntó las manos de las jóvenes entre las suyas y continuó:

—Escaso, ¿no es así?

—¡Oh!—exclamó Elena.—¡Por piedad, no volváis á hablar de eso!... ¡Si supierais cuanto sufro!

Mme. Cocarde le dirigió una mirada de sorpresa.

—Sufre—dijo Diana con esfuerzo—porque hace dos días que no ha comido.

—¡Dos días!—repitió fríamente la mujer...—¡Mucho tiempo es!

Soltó las manos que tenía entre las suyas y prosiguió:

—¡Dos días!... También yo he estado dos días sin comer... Es el aguijón que obliga á dar el primer paso, y os aseguro que los restantes no cuestan ningún trabajo.

No era la primera vez que les hacía insinuaciones de cierta clase.

—Me habéis anonadado, ángeles míos. ¡Cómo! ¡Tan cerca de mí... que os profeso un cariño tan verdadero!... ¿No os acordáis ya de lo que á su tiempo os dije?

—¡Hemos procurado olvidarlo!—contestó Diana con tono altivo y severo.

—¡Qué seductora estáis así! ¡La arrogancia os sienta tan bien como á una reina!... ¡Ah! ¡Con cuánta alegría echaría al fuego ese vestidillo para ponerlo en su lugar trajes de seda, de terciopelo, de encaje!

Diana se irguió más bella que nunca con el orgullo del pudor.

—Tenemos precisión de levantarnos muy temprano, señora—dijo,—y es ya muy tarde.

—¿Es decir que me echáis porque quiero cambiar vuestra miseria en felicidad?... ¡Vaya unas cosas que se ven en el mundo!

—añadió haciendo ademán de marcharse.—Cuando una piensa que esas dos tortolitas se dejan morir de hambre habiendo un hombre rico, millonario, que está dispuesto á cubrirlos de oro... y eso mañana mismo...

No obtuvo respuesta. Diana se puso á arreglar la cama.

Los ojos de la inquilina brillaron.

—Bien vestidas, señorita Diana—prosiguió con ademán furioso.—¡Vosotras que no tenéis zapatos!

Elena estaba anonadada. Diana había soltado la sábana, quedándose meditabunda.

—¿Ofé?—replicó Mme. Cocarde, exasperada.—Os juro, señoritas de harapos, que mucho tiempo esperaréis una ocasión semejante... Treinta mil libras de renta, porque ese hombre es un loco... ¡Negarse á tener treinta mil libras de renta!... ¡Os prometo que mañana á la noche se acostarán en la calle esas gentes que ocupan el desván!

Diana se volvió de pronto hacia madame Cocarde.

—¿Cuánto dinero se necesita para tener

treinta mil libras de renta?—preguntó fríamente.

—¡Qué decís, corazón mío?—balbuceó la mujer.—¿Cuánto dinero se necesita de capital?

—Sí.

—Seiscientos mil francos.

—¡Seiscientos mil francos!—repitió Diana, mirando á hurtadillas á su hermana.

La mujer se acercó á ella.

—¿Será que vayamos á ser prudentes?—murmuró con dulzura.

Diana meditaba.

Luego dijo con tono tranquilo:

—¡Ese hombre! ¿Podríamos ir esta noche?

Mme. Cocarde retrocedió un paso y Elena levantó la cabeza asombrada.

En el rostro de Diana no había la menor huella de emoción.

—¡Diablo!—dijo la mujer.—¡Esta noche!... ¡Ah, picaruela! ¡Lindamente os habéis burlado de mí!

—¡Diana!—murmuró Elena en voz baja.

Su hermana le impuso silencio con un gesto.

—Os pregunto—dijo á la mujer—si se podrá ir esta noche á casa de ese hombre.

—Sin duda... y os prometo que seréis muy bien recibidas... y que hasta encontraréis allí servida una magnífica cena.

—¿Queréis conducirnos?

—¡Oh!—exclamó Elena juntando las manos.—¡Hermana mía!

—¡Ya lo creo que quiero!... Me pongo un chal, un sombrero, mando por un carruaje. Soy vuestra dentro de dos minutos.

Y salió corriendo.

Elena se quedó mirando á su hermana, muda de asombro. Diana estaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Seiscientos mil francos!—dijo al fin.—¡Lo suficiente con que recuperar á Penhoel!... Escucha—añadió dirigiéndose á su hermana,—mientras tú has ido á comprar pan he estado yo arriba y los he visto sufrir... Los ojos de la señora no tienen ya lágrimas que derramar, y nuestro pobre padre se ve diariamente insultado y despreciado.

—¡Es verdad!—contestó Elena llorando.—¡Es verdad!... pero la vergüenza...

Diana la tomó entre sus brazos, cubriéndola con una mirada de madre.

—Tienes razón—murmuró.—¡Pobre niña! No vengas, porque hay que sostener otra lucha y si somos de nuevo vencidas... será forzoso morir.

—¡Iré!—dijo Elena.

EL PALACIO MONTALT

Nehemias Jones, el mayordomo de Montalt, era un hombre de gusto. Había comprado para su amo uno de los más confortables y hermosos palacios del barrio Saint-Honoré, rodeado de frondosos árboles, bellos jardines, juegos de aguas y deliciosas grutas. El interior del palacio estaba adornado, por disposición de Montalt, con todo el lujo y fausto propio de los palacios orientales, siendo la más notable de sus habitaciones, por sus maravillosos adornos, la destinada á sus queridas de un día.

Porque Montalt bebía como un verdadero lord, jugaba como un endemoniado y cambiaba de querida con tanta frecuencia como de guantes.

Sin embargo, no trataba de seducir ni engañar á nadie. La mujer era, para él, una flor que se deja caer en el suelo después de aspirar su perfume; un licor embriagador y dulce que se bebe de un trago, rechazando luego la copa vacía.

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES Y LECTORES

REGALO DE 70.000 PESETAS

La suerte mayor del sorteo de 31 de Octubre pasado fué el número 1.869, correspondiendo, por lo tanto, el premio del medio billete á nuestro suscriptor D. Marcelo Domínguez Martínez, de Camarines (Filipinas), por haber señalado con carácter fijo para todos los sorteos el núm. 1.898, el más próximo de los que jugaban, según puede comprobarse por el listín publicado en LA AVISPA del 20 del pasado.

Boletín del sorteo 30 Noviembre 1901

que deben de remitir antes del día 15 los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se reciba.

Sr. D.

calle , núm.

de

NÚMERO QUE INDICA



He salido de Málaga para entrar en Málaga.

Porque si apurado me vi para enjaretar la crónica del número último, no menores apuros voy á pasar con la presente.

Tendré que recurrir al socorrido sistema del *canard*, con tanta brillantez cultivado por otros escritores de *mayores enjundias* que el que suscribe, y propalar, verbigracia, que D. Práxedes se ha fracturado el *tercer peroné*, ó que Requejo ha roto á hablar, etc., etc.

Este año ha sido enorme la afluencia de gentes á los cementerios, siguiendo la piadosa costumbre de honrar á los muertos con sendas tomas de *peleón* y sabrosas meriendas, capaces de sacar todas las ánimas del purgatorio, pues no en vano existe el proverbio:

El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Estos días los vivos visitan á sus muertos, y el bullicio y la algazara reinan en aquellos tristes lugares, sembrados de cruces, donde habitualmente imperan la soledad y el silencio.

Entre tanto y dejándonos de imágenes macabras, los vivos de todos los pelajes nos dedicamos en el seno del hogar á los

obligados atracones de buñuelos de viento, y fuera de él á aplaudir las proezas del inclito burlador de Sevilla, abundando los mozaletes dispuestos á imitarle en sus aventuras y que declaman para sus adentros aquello de:

plazo breve y perentorio,
para mostrarme el Tenorio
de cuyo valor dudáis.

Las Ineses abundan también que es un gusto y muchos padres se sienten Comendadores.

Por fin ha sido ejecutado Gzolgosz, el asesino de Mac Kinley, y la prensa trata del asunto con gran lujo de detalles.

Estos no pueden ser más horribles. Sentado el reo en lo que podían llamar sillón de operaciones, se estableció una corriente de 1.800 volts, por espacio de cuarenta y cinco segundos, y como aún se dudase de su muerte se repitió la operación, aunque por menos tiempo.

La verdad es que, comparando este procedimiento con el del garrote vil ó el de la horca no menos vil ó el de prosaica guillotina, la elección no es dudosa.

Aunque á mí, si me dan á escoger, me quedo sin ninguno. Lo mismo que Bertoldo, que no encontraba árbol donde ahorcarse.

Aunque la crisis sigue en pie, algunos de los ministros, entre ellos el de Gobernación y el de Instrucción pública, están en la cama con un ataque, no se sabe si de influenza ó de otra cosa.

La salud del rey de Inglaterra es motivo de preocupación en los círculos diplomáticos ante posibles contingencias.

Según todos los síntomas, el poderoso monarca padece un cáncer que le interesa la séptima cuerda vocal izquierda. Los súbditos de Su Graciosa Majestad bien pueden entonar á estas horas en los *bar*, entre *bock* y *bock* de *pale ale*, el célebre himno *God save the King*.

Por fin la Academia de Ciencias ha recompensado los desvelos y sacrificios de Santos Dumont, otorgándole por 19 votos contra 9 el premio de 100.000 francos, instituido por Mr. Deutsch. Ya está resuelto el problema de la aviación, y de esta hecha queda aviado su ilustre inventor.

Y hasta la próxima.

RAFAEL DE ECHEVARRÍA.

MINIATURA

Gloria é Infierno.

I

¿Qué es la gloria? me dices, y al instante voy á decirte lo que de ella pienso: La gloria, para mí, niña hechicera, es ver mi imagen en tus ojos negros, escuchar de tus labios que me adoras, vivir siempre á tu lado y en un beso fundir nuestras dos almas, de tal suerte que el beso fuera, cual mi amor, eterno.

II

¿Y el infierno, qué es? Niña adorada, no pretendas saber lo que es infierno... Pero ya que lo quieres, voy al punto á decirte también lo que de él pienso: Infierno debe ser amarte mucho y obtener por amor odio y desprecio,

no escuchar de tus labios que me adoras, no ver mi imagen en tus ojos negros y morir sin que tú, junto á mi lado, puedas cerrar mis ojos con tus besos.

Luis Llorca Clagar.

PARA TI

¿Por qué, graciosa morena,
te has olvidado de mí,
dejando á mi alma llena
de profundísima pena?
¿Por qué me olvidaste? Di.

Hoy que siento que tu olvido
la alegría me arrebató,
digo: tan sólo ella ha sido
el bien que más he querido
y sin saberlo me mata.

Ricardo Gómez.

¡NO!

A mi querido amigo y compañero
D. Tomás de Soto.

No se rebaja nunca ni oscurece
el mérito de aquel que es injuriado;
cuanto mayor la ofensa nos parece
del justo la virtud más ha ganado.
Que antes, por el contrario, se esclarece
creo dejar con esto ya sentado,
dando por conclusión de este compendio
que triunfa la virtud del vilipendio.

Enrique Fuch.

Concurso: núm. 18.

EL POZO DE LOS AMANTES

CUENTO

Cuenta la tradición que en cierta comarca de España vivía y dominaba bastantes años ha un señor de horca y cuchillo llamado Nuño Ramírez, quien cifraba todos sus anhelos en Brígida, única hija que le quedara de su matrimonio con doña Sol, fallecida cuando aquélla aún no tenía seis años; pero su cariño era egoísta y ferrozmente envidioso. Palidecía de coraje sólo al pensar que otro hombre pudiera merecer sus preferencias. Sólo él quería disfrutar las caricias de aquel conjunto de encantos, que á la vuelta de cualquier agitada partida de caza le hacían olvidar el cansancio y los sinsabores de la jornada; estrechar su esbelto talle, besar sus dorados cabellos, escuchar sus frases inocentes acompañadas de sonrisas encantadoras que transformaban su corazón de cazador rudo é infatigable en el de un niño débil y cariñoso.

Llegó por fin lo que había de llegar. Aquel tierno capullo se abrió, esparció su delicado aroma y fué condenado á experimentar penas y alegrías.

Brígida amó y fué amada á pesar de las fuertes y severas prohibiciones de su iracundo padre.

Fernando, apuesto galán, huérfano de otro señor de un feudo próximo, había quedado prendado de su hermosura y logró ser amado por ella.

Todas las noches la hermosa Brígida salía secretamente de su mansión y uníase á Fernando que, con mil y mil protestas de amor, la recibía y la estrechaba contra su corazón. Juntos se dirigían á un montecillo vecino, y en una escarpada roca, que separaba un reducido valle de un profundo precipicio, sentábanse y conversaban; ella le exponía sus recelos de ser sorprendidos; él la prometía echarse á los pies de su padre, hacerle ver cuánto se amaban, rogarle y suplicarle tanto, que no pudiera negarles la satisfacción anhelada.

Así pasaban días y aquel amor crecía como la espuma, al compás de las intran-
sigencias de Nuño Ramírez.

* *

Cierto día fué sorprendida Brígida por su padre en el momento de ir á unirse á Fernando; había tenido noticia de sus nocturnos paseos y la acechó. Enfurecióse sobremanera y llegó á amenazarla con tormentosa clausura. Fernando, que le escuchaba, creyó llegado el instante de las súplicas y saliendo del escondrijo donde se había refugiado: Caballero—exclamó—soy Fernando, hijo y heredero de Sancho Fernández, con quien os unían vínculos de amistad; amo á Brígida con todo mi corazón, soy amado por ella y... No aguardo más Nuño. Por toda contestación, dirigiéndose á sus acompañantes gritó: Cogedle, llevaosle, y el lugar de sus citas será desde ahora el de su tormento.

En un momento había formado juicio y leído la sentencia. La ejecución no se hizo esperar. Fernando fué conducido al montecillo donde todas las noches descansaba con su amada; al mismo valle, á la misma roca donde se prometían amor eterno. Desde allí lentamente fué depositado en el fondo del precipicio, prisión que le estaba destinada para su vida entera.

* *

Brígida enfermó. Su iracundo padre lo creyó impresión pasajera y redoblaba su crueldad y vigilancia con el infeliz prisionero. Una mañana los encargados de su custodia se acercaron para arrojarle el escaso alimento cotidiano y vieron con asombro que el pozo-prisión estaba lleno de agua; á la vez un arroyuelo, deslizándose suavemente por la montaña, saltaba la escarpada roca y unía sus aguas á las del pozo.

Aquella mañana había muerto Brígida. Nuño Ramírez subió al montecillo y vió en su imaginación á los dos amantes representados en aquellos manantiales puros y cristalinos como sus almas, que se unían entonando un himno de amor. Qui- so aún, en un acceso de demencia, impedir este enlace póstumo y arrojóse al paso del arroyuelo para formarle barrera con su cuerpo, yaciendo allí para siempre sin conseguir su objeto, pues las mansas aguas corren, corren y van á desembocar al pozo á pesar de una enorme piedra que sirve á éste de brocal.

JUAN FRANCISCO GARCÍA.

AMOR

Dedicado á mi a lorada prima Felicia.

Desde que la vi aquel día
entre la verde enramada,
cual si fuera un ruiseñor,
lanzando trinos al alma,
el corazón no me deja,
diciéndome á voces: ¡ama!
Yo, que tengo que acallar
las voces del corazón,
á ti, mi adorada prima,
voy á pedirte un favor:
Haz feliz al que hoy te adora
y corresponde á su amor.

Leocadio Martín Ruiz.

TRAVESÍA DESGRACIADA

—¡Hola, Luis!
—¡Te hacía en Montevideo!
—Regresé con la familia
hace dos meses y medio.
—¿Qué tal os fué en esa tierra?
—Bien.
—¿Y el viaje?
El viaje... bueno;

mas me ocurrió una desgracia
en la travesía.

—¿Y eso?
—Que se cayó al mar mi suegra.
—¡Qué horror, amigo!
—¡Lo horrendo,
lo espantoso, lo terrible,
vino después!
—Ya comprendo.
—¿Sirvió de pasto á los peces?
—¡No!... ¡La salvó un marinero!

José Gómez Echaurren.

Concurso: núm. 19.

EL PIRATA

I

Era el azote de las naves y el terror del Atlántico; raro el bajel que no había caído bajo sus garras, ninguno el que hubiera escapado á su persecución; todos los navíos eran sus tributarios y el nombre del bergantín *Condor* era temido y el de su capitán execrado.

Aquel hombre sólo albergaba en su corazón un sentimiento noble. ¡El amor á la patria!

Su padre, marino de vastísimos conocimientos, que había en su juventud luchado en Lepanto, al retirarse con sus ahorros del servicio de las armas compró el hermoso bergantín, con el que hizo célebre su nombre; y por esto cuando refería á su hijo los días de su vida, procuraba inculcarle un grande amor á España y un odio irreconciliable con cuanto no fuese español.

II

El día había sido de grandes fatigas y grandes sobresaltos; tres veces habían aborido á otros tantos navíos, teniendo siempre que huir ante la presencia de una galera que no cedaba un punto en la tarea de darle caza, y otras tantas veces habían logrado escapar de su persecución.

Apoyado sobre la borda recordaba después aquellas noches felices en que, sentado sobre cubierta al lado de su padre y capitán, le oía relatar mil historias, mil hazañas llevadas á cabo por defender tierra española, la de aquella España de la que jamás había visto sino la costa sinuosa velada por la bruma y festoneada por las crestas de las olas. Abismado en estos pensamientos, olvidaba ya su desesperación, su fantasía vagaba por lugares lejanos, por épocas remotas, é indudablemente hubiera continuado largo espacio á no sacarle de su postración el segundo de á bordo que le gritó: —Capitán, ese endiablado barco que nos persigue ya está otra vez á la vista, casi encima; el vigía... —A cubierta—rugió la voz del capitán, sin permitirle concluir la frase;—todo el mundo á su puesto, cargar los cañones hasta la boca y preparados al abordaje. Pocos momentos después estaba cumplida la imperiosa orden; los cañones cargados, las mechas encendidas, pronto, á la voz de fuego, á vomitar la muerte por doquiera... La tarde era tranquila; el sol con tibios rayos se reflejaba en la verdosa superficie del mar; un viento fresco redondeaba las blancas velas del bergantín, empujándolo suavemente á través de las olas que llegaban sin fuerza hasta su hermoso casco. Su capitán paseábase nervioso sobre el puente, esperando tan sólo tener bajo el alcance de sus fuegos aquel enemigo de todo el día, que al caer la tarde se presentaba cual misterioso fantasma. Ciego de furor paseábase pensando en la feroz venganza; ya lo tenía muy cerca; sus ojos de buitre, fijos en la presa, lanzaban destellos salva-

jes de alegría; sus manos crispadas oprimían el hacha vengadora, y sus labios, ligeramente contraídos, iban á dar la voz de fuego... mas de pronto su rostro palideció, la vista perdió su ferocidad, sus manos soltaron el arma que oprimían, su labio enmudeció y el grito que iba á lanzar ahogóse en la garganta... Había reconocido el buque que le perseguía, había reconocido la bandera que enarbolaba; era la de aquella España por la cual su padre cien veces había luchado; era la de aquella tierra de la que jamás había visto sino la costa sinuosa velada por la bruma y festoneada por las crestas de las olas y jirones azules de aquel hermoso cielo... y por primera vez el sentimiento de la patria aceleró los latidos de su atrofiado corazón.

Pero este estremecimiento fué momentáneo, su rostro recobró su habitual fiera, dió en torno una mirada terrible... Toda la tripulación aguardaba ansiosa la señal de la lucha... y allá en el fondo, entre jarcias y blancas velas, la santa bárbara abarrotada de municiones... Una sonrisa se dibujó en sus labios y una idea cruzó por su mente, la única salvadora... y fiado en ella saltó del puente, y atropellando soldados y remeros corrió hacia allí, pálido de ira, bramando de furor.

Pocos momentos después retumbaba una formidable explosión en el solitario Océano, y una densa nube de humo se alzaba hasta el cielo sobre el sitio en que flotó el bergantín *Condor*, el azote de los buques y terror del Atlántico.

JACOBO ABRUÑO.

TÚ ERES...

A mi distinguida amiga la bellísima
Srta. Angelita L.

Eres tú la más hermosa
entre todas las mujeres,
más que el clavel y la rosa
y que el lirio también eres.

Eres mananial de amor
y de virtud noble emblema,
y tu rostro seductor
debe ornar rica diadema.

Tú eres el sol que engalana
á la vida por doquier,
tú eres la aurora temprana
que alumbrá todo mi ser.

Tú, que eres bella entre todas,
siempre triunfas y te recreas,
mientras esperas tus bodas,
¡bendita, bendita seas!

Valeriano Hernando.

LA ESPERANZA MUNDANA

Dedicado á los compañeros de colaboración
de «La Avispa».

Una ventana inmensa tiene el mundo
donde la humanidad,
apoyando los codos en su alféizar,
no cesa de esperar.

Espera el ambicioso la fortuna
que aumente su poder;
espera el avariento la moneda
que rico le ha de hacer.

El artista la fama, y el soldado
el muérdago inmortal;
el sabio espera el paso de la ciencia,
la vida el que se va.
Todos á su interés en esta vida
dedican su atención;
todos... no, que el poeta en la ventana
tan sólo espera á Dios.

Mariano Herrero Gómez.

PEQUEÑECES

Nochebuena, Nochebuena,
y para mí noche mala...
¡Qué indigestión de recuerdos,
qué borrachera de lágrimas!

Amas á otro y me juras
por tu madre que me quieros.
¡Vaya un modo de querer
ó de mentir el que tienes!

L. Pradel Benito.

Dedicado á la bella SRTA. DOLORES GARCÍA

Eres como una rosa,
y al contemplarte un día y otro día
tan cándida, tan pura y tan hermosa,
siento en mi corazón melancolía.
Y aun á veces anhelo,
al bendecir tu frente con ternura,
al cielo orar, por que te guarde el cielo
tan hermosa, tan cándida y tan pura.

Antonio Camuñas Manjón.

¿LA VIDA?

¡Oh miserable existencia,
vida ruin... sueño maldito
que perturbas mi conciencia
con tu tenaz resistencia
ocultando lo infinito!...
¿La vida? ¡Vana ilusión
que engaña á las criaturas,
pueril interrogación
ante vanas imposturas
que alegran el corazón!...
Soplo leve que sentimos
sin pensar, sin advertir
tan siquiera que existimos...
Si esto ¡gran Dios! es vivir...
no sé para qué vivimos.

Juan Almudí Rubio.

A ISABEL

Soneto.

Mira, mi bien, cuán triste y deshojada
está con el calor aquella rosa
que ayer brillante, fresca y olorosa,
puse en tu blanca mano perfumada.
Dentro de poco tornaráse en nada;
no verás en el mundo alguna cosa
que á mudanza feliz ó dolorosa
no se encuentre sujeta ú obligada.
Sigue á las tempestades la bonanza,
siguen al gusto el tedio y la tristeza;
perdóname que tenga desconfianza
y dude de tu amor y tu ternura,
que habiendo en todo el mundo tal mudan-
za
sólo en tu corazón habrá firmeza?

Martín Bustos Tobalina.

Lo eterno.

Era en aquel pequeño gabinete elegan-
te y coquetón donde corrieron plácidas las
horas más deliciosas de nuestro amor y
de mi vida.

¿Te acuerdas? Dí, ¿te acuerdas? Enton-
ces tenías en tu alma un tesoro de pasio-
nes, de pasiones originalísimas. Eras una
mezcla de mujer impresionable y capri-
chosa y de hembra violenta y profunda.
Me amabas y sabías amarme de una ma-
nera irresistible; me acariciabas y sabías
hacerlo de un modo exquisito; tus manos
se enlazaban con las mías y temblabas de
pasión, de una pasión arrebatadora é im-
petuosa. Después... no sé... me llevaste al
cielo de los ideales sublimes y de los su-
premos consuelos y te sacrificaste con ab-
negación á mi amor... Dí, ¿te acuerdas?

Hoy... la razón se ha sobrepuesto al
amor. ¿Qué quieres? Ni tú ni yo nos senti-
mos con ánimo para ocultar con un amor
ficticio la frialdad de nuestras almas. Ha
pasado ya el período de la ilusión, y por
más esfuerzos que hagamos para evitarlo,
es inútil. Sólo nos queda el agradecimien-
to que siempre nos inspiran aquellas co-
sas que en otro tiempo han sido causa de
nuestra felicidad. Yo deploro que el mun-
do sea así: que á la fiebre del sublime go-
zo, á la pasión indomable, al amor omni-
potente, germen de toda fecundidad, su-

ceda el cansancio triste, el enervante has-
tío, el soporífero reposo, y que ahora ante
tus ojos—circundados de profundas ojeras
que hacen resaltar la palidez de tu sem-
blante—ni sueñe ni suspire, y sienta en
mi alma un no sé qué, como profundísimo
vacío, que siempre produce la hartura ó
el deseo satisfecho... ¿Qué quieres? Yo de-
ploro que el mundo sea así, pero...

Y ella, que le había escuchado sin inte-
rrumpirle, con la triste sonrisa de la de-
cepción en los labios, sintió caer dos
gruesas y ardientes lágrimas que, al ro-
zarlas, quemaron sus mejillas...

MARTÍN PIZARRO.

A LA AZUCENA

Dedicado á la bella joven Amelia Paz.

Bella flor es la azucena,
á quien la natura grata
regaló cáliz de plata
y aromas de suave olor.
Botón de hermosa amatista
orna su manto nevado,
y es el orgullo del prado
por su beldad y candor.

Luis de Antón del Olmet.

UN SUSPIRO

De mi esperanza la aurora hermosa,
de los jardines lozana rosa,
sueño gentil;
de mis ensueños prenda querida,
astro esplendente, de mi alma vida,
¿me quieres, dí?
De mis pesares bálsamo eterno,
dulce consuelo, ansiado infierno
de mi dolor;
sol que deslumbra, fuego que inflama,
manda un suspiro al ser que te ama
con tanto ardor.
Yo, pobre amante, flor sin rocío,
cuerpo sin vida, sauce sombrío,
pobre cantor,
cielo con nubes, rudo tormento,
á ti consagro con triste acento
todo mi amor.

H. Amezcua Anoro.

Dedicado á mi querido amigo TEODORO GALLEG0

La estupidez silenciosa,
la necedad indiscreta
y la pobreza orgullosa
son impropias del poeta
que se estima alguna cosa.

José Casademunt.

LA CAMPANA Y EL HOMBRE

Instantáneas.

I

Nace el hombre; doquiera que alegría,
en todo el vecindario que algazara;
el padre en aquel ser ventura fia,
una dicha mayor nunca gozara.
Los padrinos se aprestan para el baile,
los amigos exclaman ¡qué victoria!
El órgano mil notas lanza al aire
y las campanas repicando á gloria.

II

Juramentos de amores se prestaron,
los dos á lo pactado se sujetan,
sus cabezas al yugo se juntaron,
ley que los hombres como á Dios respetan.
El corazón alegre, el alma sana,
la epístola recuerdan con cuidado,
y en la torre pregonan la campana
la dicha de los dos recién casados.

III

Resuenan las tristísimas canciones
que acompañan al fúnebre cortejo,
y entre aquellas se escuchan vibraciones
del fagot, que se pierden á lo lejos.
A las hachas el viento embravecido
les obliga á lucir con aire incierto,
y la niebla difuma los sonidos
de las campanas al doblar á muerto.

Antonio Agudo Ayllón,

El favorecido.

Juan era un pobre hombre que, habién-
dose cansado del pueblo, se vino á la villa
y corte en busca de trabajo.

Empezó á buscarle. ¡Trabajo en Madrid,
donde el pobre jornalero se muere de
hambre! Aquí vino el pobre Juan. En nin-
gún lado le admitían y, no sabiendo qué
hacer, porque de su casa le mandaban
cartas diciéndole que mandara dinero, el
poco que tenía se lo gastó en un décimo
de la lotería, el núm. 87.

Ninguna vez pudo ver el pobre Juan el
número premiado. Entusiasmado con el
número, pidió á los pocos parientes que
tenía, tan pobres como él.

Seguía jugando al núm. 87 y, viendo que
de su casa le asediaban con cartas y más
cartas, pidiéndole dinero, Juan determinó
poner fin á su vida y, en un rapto de lo-
cura, arrojóse á los rails del tranvía, al
paso de uno, el cual no le hizo daño al-
guno.

¡Se había aprobado un salvavidas que
recogía al desdichado que encontraba á su
paso!

Juan, notando que había salido ileso,
miró al tranvía y ¡oh, desesperación! era
el núm. 87.

L. MENDIOLA.

LO IDEAL Y LO REAL

Aunque separe un abismo
la realidad del deseo,
cuando te miro, yo creo
que estás dentro de mí mismo.
De amor el grato espejismo
calma á veces la pasión,
y así sabe el corazón
que en toda humana desdicha,
si la realidad no es dicha,
lo es al menos la ilusión.

Federico Crouselles.

ILUSIÓN

A la Srta. M. G. G.

En el mar proceloso de la vida,
porque la vida es un inmenso piélago,
naufragó fui, y juguete de las olas
marché con rumbo incierto,
deshecha la ilusión y la esperanza,
que es el timón que guía los anhelos.
Impaciente buscaba esa luz bella
que fuese de mi vida el derrotero;
vi tus ojos radiantes de luz pura,
tranquilos y serenos;
seguielos afanosos y me llevaron
á la hermosa bahía de tu pecho,
lugar donde se alberga mi cariño
y es de mi dicha el más tranquilo puerto.

Francisco Caso Salcedo.

A SALOMÉ

¿Quieres fatigar mi mente?
Mi dulce bien, mi embeleso,
si á cambio me das un beso,
no encontraré inconveniente.
Me dirás que es un bromazo
y que eso no está decente.
Entonces sé indulgente:
me basta con un abrazo.

José González Pérez.

A MI AMADA

Ya no sé cómo decirte,
porque palabras no tengo
para poder expresar
el amor que por ti siento;
pero diré que te amo
con el amor más sincero,
que fuera de ti no gozo,
que eres mi gran embeleso,
que por ti yo ¡vida mía!
siento un amor tan intenso,
que nadie, no siendo tú,
puede labrar mi contento,
y tú sola serás siempre
la que reinará en mi pecho.

Daniel Hernandez.



El legendario Don Juan Tenorio ha dado muestras de su gallardía y guapeza en muchos escenarios de la corte, demostrándose una vez más ser cierto lo que decía el gran poeta Zorrilla: que en esta época mantenía su «Don Juan» á todas las compañías de verso en España.

A pesar de que los madrileños, como todos los españoles, prefieren escuchar las arrogancias del burlador de Sevilla, no ha sido obstáculo para que los Sres. Quintero nos presenten su última producción en Lara. «El nido», comedia en dos actos, está exclusivamente cimentado en el chiste; no hay, realmente, asunto ni situaciones: todo lo llena el chiste que cada personaje dice. Sin embargo, el acto primero puede servir de modelo, pues con todas las de la ley está hecho; en cambio, el segundo resulta enormemente pesado y enfría la buena impresión que produce el anterior.

Como el público favorecedor de Lara no quiere las obras de tesis, sino aquellas que le hacen pasar la velada riendo, claro está que la celebraron, sobre todo en su primera parte, y aplaudieron á los autores y á los inteligentes intérpretes, señoras Suárez y Domus, Sras. Valverde y Alba y Sres. Rodríguez y Santiago.

En el Cómico se estrenó «La perla de Oriente», de Fanosa y Hermoso, perteneciente al grupo de las que *ni fu ni fa*, pues no traen nada que no sea conocido en obras análogas. La *claque* fué su padrino.

Ha debutado en el Teatro Moderno una compañía de zarzuela grande, formada por excelentes aunque modestísimos artistas, y la mejor prueba de su valía lo demuestran los llenos que consiguen cada noche.

Entre los que forman el *elenco* destacan la Sra. Naya, que es la cantante de siempre, es decir, buena, conservando aquella bien timbrada voz de otros más felices tiempos, formando á su lado, con no menores méritos, las Sras. Benavente y Rodríguez.

Nos complace sobremanera hacer estas desinteresadas manifestaciones, tan justas como sinceras, en honor de una compañía que, sin pretensiones ni alharacas, logra el favor del público y sus aplausos, que, lejos de envanecerla, la estimulan para corresponder á las simpatías que merece.

DIEGO GARVÍ.

Á LUCILA Y JULIA REJAS

Será grande la alegría que sienta mi corazón si fijáis vuestra atención en mi humilde poesía. Con anhelo noche y día deseo, niñas hermosas, que seáis muy venturosas, que no deshoje el invierno vuestro corazón tan tierno y que seáis muy dichosas.

Aniceto G. Ransanz.

HISTÓRICO

De matrimonio trataban varios señores formales, y todos aseguraban que felices resultaban. A igualdad de capitales, el hombre para comer debe llevar, y pedir

lo menos á la mujer la cena; así debe ser para que puedan vivir. Cierta niña que escuchó discutir á tales gentes y era pobre, replicó: —Para cenar llevo yo.

—¿Usted?

—Sí, señor: ¡los dientes!

Francisco Sánchez Castilla.

CONTRASTES

La voz del escéptico.

No te afanes por saber, por trabajar y adquirir, que no acabas de nacer y ya empiezas á morir.

La voz del frasólogo.

Peregrullada.

Breve es la vida; no obstante, trabaja y aprende MAS, que nunca se queda atrás el que mira hacia adelante.

Carlos Caamaño.

LA ÚLTIMA PENA

Soneto.

Con rostro cadavérico, abatido, cual es muy natural en tal momento, el reo llega al fin con paso lento al sitio en que el cadalso han prevenido. ¡El fallo de la ley va á ser cumplido! Mas pide á su verdugo asentimiento para antes prorrumpir con triste acento: —¡Yo muero, justo Dios, arrepentido! Suceden á estas frases de tortura lamentos de estupor... ¡Terrible escena!

Después una oración que eleva el cura... Más tarde el resonar de una cadena. ¡Y entre tanta tristeza y amargura, cumplida ya quedó la última pena!

Mariano Escalera.

SAETA

En este mundo, si vivo, es debido á quien diré: á mi madre y á una niña; fuera de eso, moriré.

Mariano Díaz Muñoz.

PLUMADITA

—¿Por qué le pones dos sellos á la carta, dime, Elisa? —Se los pongo, porque así me han dicho llega en seguida.

Eduardo de Ory.

LA VELETA

Como cambiaron los vientos cambió también la veleta. Los amores de García traen á la Benita muerta.

Bartolomé Segura.

UN RECUERDO

De tu helada sepultura corté una flor que venero, creyendo tenga en su cáliz algo tuyo que no ha muerto.

Emblema son de dolor las flores del camposanto, pues las marchita el olvido y las refrigera el llanto.

Decóroso Castro.

LÁGRIMAS

Llora, llora, corazón, y palpita con violencia; pero no pidas clemencia, que ella pedirá perdón.

Si lograra reunir las lágrimas que he vertido, formarían ellas un río mayor que el Guadalquivir.

José A. Gálvez.

CONSUELO

Sumida en profundo llanto, con la cabeza inclinada, una joven enlutada penetra en el camposanto.

Una corona de flores dedica al ser más querido, que en otro tiempo hubo sido el que guardó sus amores. Y en medio de su dolor, encuentra un solo consuelo: piensa que Dios desde el cielo la contempla con amor.

Antonio Taboada y del Ojo.

AMOROSA

Marecita de mi vida, yo no sé lo que me pasa, que al recuerdo de sus ojos huyen mis penas del alma.

Ramón Martínez Arzuaga.

EPIGRAMAS

Es tan chato Rufo Ortiz, que ya se pasa de chato; estoy viendo su retrato y no encuentro la nariz.

Juan Mollat.

—Como si fuese un banquero gasta Antero su dinero, siendo pobre como es. ¿De dónde lo saca, pues, si no tiene nada Antero? Y contestóle Hinojosa: —Tan sólo tiene, en verdad, una esposa muy preciosa, un amigo de la esposa y muy poca dignidad.

Eduardo Guillar.

Yo conocí á un usurero que prestaba al mil por ciento y se firmaba Angel Bueno.

Justo Requejo.

—¡Ay, ay, señor de Aparicio! —¿Qué le sucede, María? —Que Juan ha perdido el juicio. —Pero si no le tenía...

José María Ortiz.

CANTARES

Si quieres que yo te adore me tienes que camelar, y guardaré tu cariño por toda la eternidad.

Enrique Cabada.

Es tanto lo que te quiero y tanto lo que te adoro, que aunque me descalabrazas te seguiré haciendo el oso.

Santiago y Ramón Paz.

Dedicado á la Srta. Engracia.

Cuando paso por la calle y te veo en el balcón, al pensar lo que te quiero se me alegra el corazón.

Joaquín Nieto y Bravo.

Como rosa entre espinas es la belleza, que es preciso punzarse para cogerla. Pero, cogida, la fragancia se pierde, queda marchita.

Rafael Ayala Tarifa.

Me dijo que me quería y que nunca me olvidaba. Luego se marchó con otro. ¡Haga usted caso de nada!

M. G. Ramírez.

Tienes un cuerpo precioso, una cintura que encanta y unos andares que dicen viva la sal y la gracia.

Antonio L. Marzo.

CORRESPONDENCIA DE LA REDACCIÓN

M. B. T.—Publicaremos su soneto «Á Isabel».

J. M. B.—*Salamanca*.—Los ejemplares que remitió fueron repartidos en donde indicó.

E. P.—Desearíamos nos repitiese en persona lo que dice en su carta, ó por lo menos que nos indicase el medio de encontrarle, en nuestro deseo de complacerle.

P. R.—*La Vecilla*.—Adiós, Petrarca.

M. E.—Entran en turno.

V. H.—Tendremos en cuenta su voto.

F. S. de C.—*Valladolid*.—Se publicará.

L. V. P.—Idem de lienzo.

S. L. A.—Lo dicho, amigo.

I. M.—*Archena*.—Entran en turno.

Marcelo Díez.—Es usted un vampiro literario, pues se apropia las obras de los poetas muertos. Un día le toca el turno á Becquer y otro á Bernardo López García.

J. M. B.—*Béjar*.—Se le remitirá el número que pide y publicaremos sus trabajos.

A. G.—Usted abusa de la *nada*, y eso es su artículo, *pura nada*.

J. E. F. T.—*Aracena*.—Su cuento viene tarde y con daño.

A. R.—*Lo que me hace falta* saber es cuál de ustedes es el padre de la criatura, y que la primera firma no sea ilegible.

J. A.—Por un descuido del ordenanza quedaron olvidados en la carpeta de imprenta varios cuentos, entre ellos el suyo.

S. y R. P.—Procuraremos complacerle.

F. R.—*Priego*.—Tiene usted muy poco de lo de su tierra.

R. Q.—Sentimos en el alma no poder complacerle.

M. N.—*Toro*.—*Quousque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?*

J. M.—*Utrera*.—Se publicará.

A. S.—*Vallase* usted al cuerno.

A. R.—*Béjar*.—Sentimos no poder complacerle.

A. G. G.—Quedan admitidos.

V. M. L.—*Demasiada latitud*.

Prometeo.—Su corazón entra en turno.

J. V. C. y E.—Con tantas *majaderías* no me extraño de que padezca usted *reuma literario*.

F. B. de N.—*Baza*.—Entra en turno.

F. M.—A pesar de los pesares, usted tiene *gracia*, pero carece de *justicia*.

L. de A. del O.—Se publicarán.

Abate Zaragala.—Aunque su composición es un poco *zaragatera*, la publicaremos con algunas correcciones.

G. L. P.—Imposible de publicar «Un émulo», por su falta de originalidad. El soneto no sirve tampoco.

M. R. T.—Su epigrama entra en turno.

J. G. y G.—No se puede ser tan coque-ton en estos tiempos.

E. G. C.—*Valdepeñas*.—Se publicará.

A. F. L.—Por lo que hace á su cuento, se publicará más adelante.

F. de U.—Con mucho gusto le informaremos de las condiciones del concurso, cuando llegue el caso.

B. de la C.—Sus originales quedan admitidos.

E. A. y O.—Su composición «A Lola» se publicará en breve.

R. S.—Sus poesías quedan admitidas.

M. L.—Dedíquese á otra cosa.

M. F.—Se publicará.

J. C.—Lo del anterior.

F. G.—Cada solución le da derecho á adquirir una obra del catálogo por la mitad de su valor, debiendo recogerlas en esta Gerencia.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

S. P.—*Guadalejara*.—Cobrada la letra que nos ha remitido de 15 pesetas, hemos entregado de esta suma 10 pesetas á la Sociedad de fotograbado de R. Rocafull, importe del trabajo que de su orden ha efectuado.

Las 5 pesetas restantes quedan para abono de un año de la suscripción de usted á LA AVISPA, según nos ha indicado.

M. A.—*Torrijos*.—Las dos alianzas con las inscripciones que desea y el peso que indica en oro de ley valen 60 pesetas.

Si quiere tenerlas en su poder para la fecha que fija, sírvase contestar en seguida y remitir fondos por el Giro mutuo ó letra de fácil cobro.

V. L.—*Soria*.—No hemos podido remitir á usted la capa que desea porque todavía no se nos ha hecho efectivo el recibo de 75 pesetas que nos ha mandado contra don P. H., de esta corte, a pesar de las diferentes veces que lo hemos presentado al cobro.

* Queda contestada su carta, y esperamos sus órdenes.

F. G.—Puede usted obtener un magnífico ron-quina sujetándose á la siguiente fórmula:

Alcohol de 40°, 1 litro.
Quina calisaya en pequeños trocitos, 20 gramos.

Maceración por cuatro días.

Después:

Esencia de ron, 10 gramos.

Idem de clavo, 2.

Idem de canela, 2.

Idem de bergamota, 10.

Glicerina, 10.

Carbonato de potasa, 10.

Maceración por otros cuatro días.

Después:

Agua, 200 gramos.

Agítese y luego fíltrese.

R. O.—Jaén.—El estuche de boquillas de ámbar para puro y cigarrillo para el regalo que usted se propone hacer los hay desde 50 pesetas.

E. A.—*Albacete*.—Para blanquear el abanico de marfil que dice se ha oscurecido puede valerle de un medio bastante práctico, y consiste en humedecer el marfil con un pincel mojado en agua oxigenada, pudiendo repetir la operación cuantas veces crea necesario.

El marfil se blanquea por este medio sin temor á que se altere.

R. L.—*Badajoz*.—Las compras que hacemos son siempre en firme, y, por lo tanto, no se podemos gestionar lo que desea para ser liquidado á plazos.

D. D.—*Barcelona*.—Aceptada la proposición que nos hace, y empezamos gestiones, de cuyo resultado se le dará conocimiento.

F. M. H.—*Hellín*.—He aquí una buena fórmula para el temple de los martillos:

Fúndase en un crisol sal de cocina; introdúzcase allí el martillo un cuarto de hora, caliéntese en seguida al rojo blanco y témplese en agua fría.

B. Muñoz.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—ADELA
- 2.º—VENTURA
- 3.º—CASA
- 4.º—JILGUERO
- 5.º—MORA
- 6.º—PIANO
- 7.º—LETRADO
- 8.º—CASCAJARES

Habiendo dado soluciones conformes los Sres. D. Octavio Mateos, Alfonso Serrano, L. Pradel, Ramón Mellor, M. del Carmen Fernández, Mariano Herrero, Pascual Laurín, Valeriano Hernando, Francisco García, José Gómez, Anita Molina, José Esteban, S. Vesga, Francisco Pedrosa, Mario Jiménez, Ramoncito y Joaquina Rojo, Augusto Miguel, Salustiano Muñeira, José Castañeira, A. García Cuartango, Francisco Carreño, Melquiades Putela y Alberto Gallego, de *Madrid*; Alfredo González, de *Valladolid*; Antonio León, de *Valdepeñas*; Juan Roca, de *Reus*; Juan Almudí, de *Zaragoza*; F. Blasco, de *Baza*; Antonio Fernández, de *Tarifa*; Juan Angulo, de *San Paulo*, y Sebastián Gil, de *Gerona*.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Mi primera es consonante puesta en número plural, y la segunda es la misma pronunciada en singular. Dos tercias cuando te entierren y la cuarta un animal; el todo vistió en España púrpura de cardenal.

F. Blasco de Narro.

2.º

En tercía prima dos vino un tres cinco cargado de tres cuatro desde tono, y un tercía cuatro quinta cayó al lodo al dar el tercía quinta un fuerte brinco.

Mariano Escalera.

3.º

Charada en prosa que descifrada resulta en verso:

Vi que iban hacia el mar ayer tres niñas bonitas, y os puedo decir sus nombres: Prima cuarta, todo y tercera cuarta. Iban buscando una segunda cuarta que era blanca y chiquitita, y al preguntarme les dije: se metió en una segunda tercía cuarta.

Máximo López Rodríguez.

4.º

CARTA CHARADÍSTICA

Estimado amigo tercía cuarta: Te participo cómo hoy salgo para todo, porque ya estoy cansado de estar entre estas tercía cuarta y matorrales, pues la caza que lleve á esa se ha de vender de prima segunda; por lo mismo pronto tendrá la dicha de abrazarte tu amigo

Prima.

Antonio León Ballesteros.

5.º

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Me 2 ti

J. Mateo de Buen.

6.º

Albayaide y carbón

Manuel Feltomayo.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 19 del actual mes de Noviembre tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole ESPECIAL no puede mandarse como impreso.

A. Borrás.

